La Vanguardia, 26/09/20

Ser madre de Kilian Jornet

“Cuánto me hacía sufrir mi hijo: de joven, desaparecía en la montaña”, dice Núria Burgada



Núria Burgada, madre de Kilian Jornet, este mes en La Cerdanya (Sergi Perez Moreno / Sergi Pérez Moreno)

–En su adolescencia, Kilian me lo hizo pasar muy mal –dice Núria Burgada (60).

Es la madre de Kilian Jornet, mito de las carreras de montaña.

Núria Burgada me cuenta que **el adolescente se perdía en el bosque**.

–¿Qué hacía Kilian? –le pregunto.

–Desaparecía. Yo no sabía por dónde andaba. Deje que le cuente una historia.

Y habla.

Kilian tendría trece o catorce años. La familia vivía en Montellà del Cadí, en la Cerdanya. Kilian estudiaba en La Seu d’Urgell, a media hora en autobús. Cuando el adolescente regresaba a casa, a mediodía, la madre aún estaba en su escuela de Montellà, donde era maestra.

Kilian tenía un año y medio y ya era capaz de caminar siete u ocho horas. Aquello no era normal y sé de qué hablo: he sido maestra”

Núria Burgada Madre de Kilian Jornet

Kilian Jornet se colgaba los esquís a la espalda y se subía a la bicicleta. Pedaleaba hasta la estación de esquí de Puigmal, a tres horas en bicicleta, y en la cima cambiaba de transporte: se colgaba la bicicleta a la espalda y descendía esquiando.

–Anochecía y tuve que salir con el coche, a ver por dónde andaba mi hijo. **Le encontré en la rotonda de Puigcerdà, pedaleando de vuelta a casa**. Y así, de continuo...

–Había que amaestrarlo.

–Lo hicieron tiempo más tarde, cuando entró en el Centro de Tecnificación de Esquí de Montaña. Allí descubrió técnicas de entrenamiento, conoció los límites de su cuerpo e hizo amigos. Porque de crío le costaba hacer amigos.

–¿...?

–Le habíamos criado en el refugio de Cap del Rec, a 2.000 m de altitud. El entorno era precioso, pero había poca gente a nuestro alrededor. Kilian y Naila, mi otra hija, estudiaban en mi escuela de Montellà, la escuela Ridolaina. Yo fui una de sus maestras. Cuando salió de allí, para ir al instituto, Kilian descubrió que aquella no era la norma. Entonces se sentía raro. **Siempre iba solo**, así hasta que entró en el Centro de Tecnificación.



Núria Burgada y Kilian Jornet, en el refugio de Cap del Rec, cuando el atleta tenía tres años (Núria Burgada)

–Y encontró la coherencia.

–Bueno, a veces enredaba a su entrenadora. Pero en general, dejó de hacer bestialidades.

–Hombre, ¿y qué me dice de la ascensión al Everest...? –le digo.

La voz de Núria Burgada se apaga por un instante. Se ajusta la linterna IKO de Petzl que luce de frontal, recupera la luz.

–El Everest... –repite ella.

Núria Burgada sonríe.

Aquello había ocurrido en mayo de 2017. **Kilian Jornet se había propuesto ascender al Everest sin oxígeno, ni cuerdas, y más rápido que nadie**. Aquel era el cierre a su proyecto *Summits Of My Life*, el abanico de retos que se había marcado en 2012.

–Recuerdo aquella noche, en casa. Kilian había empezado la ascensión. Pasaban las horas y no sabíamos nada. No llevaba nada para comunicarse. Al cabo de un buen rato, yo estaba angustiada. Tenía que tumbarme porque me iba a dar algo. Me puse a buscar expediciones que estaban por la zona. Les mandé mensajes. Incluso escribí a un montañero ciego que ascendía con su guía. Le pregunté *si había visto a mi hijo*. **Cuando estás angustiado, haces cosas extrañas...**

Lo sé: la historia aparece en otro documental, *Path to Everest.*

Sin embargo, quiero que Núria Burgada nos las cuente.

En la primera de sus ascensiones al Everest, Kilian Jornet había sufrido problemas digestivos, y por eso se retrasó.

–Lo que no me dijo es que volvería a intentarlo una semana después. **Cuando me enteré, ya había vuelto a subir y bajar.**

–¿Le abroncó usted?

–Bueno, debo aceptar cómo es. Esta es su vida y su pasión. Esto es todo lo que mueve.

Kilian Jornet, Núria Burgada y Maj, la hija de Jornet, en Nepal, con el Ama Dablam de fondo, en septiembre de 2019 (Núria Burgada)

–¿Y no le ha cambiado?

–Me preocupaba de crío, cuando tenía 16 años y ya ganaba la Copa del Mundo. Temía que se le subieran los humos.

–¿Y...?

–Kilian lo ha llevado bien. Lo que más le cuesta es la presión de los autógrafos. En un hotel, los seguidores se subieron a su balcón...

–¿Quién se lo iba a decir?

–Lo importante es la pasión, disfrutar de las cosas. Su infancia en el Cap del Rec fue de jugar, de subir las montañas y nada más.

–Pero él es competitivo...

–Kilian tenía un año y medio y ya era capaz de caminar siete u ocho horas. Aquello no era normal y sé de qué hablo: he sido maestra. Naila también caminaba, pero Kilian siempre quería ir más allá. Le gustaba asustar al rival. **A veces se afeitaba el pelo, dejándose una cresta**. O se rapaba al cero. Otras se lo dejaba largo hasta el trasero.

–La genética...

–Su padre y yo siempre fuimos montañeros. Y uno de sus antepasados, que murió en la Guerra Civil, me contaba que iba de aquí para allá en bicicleta, recorriendo Collserola, haciendo cosas que nadie hacía entonces.

–¿Y usted?

–¿Yo...? Yo era anticarreras. Era montañera, pero no creía en la competición. Aun así, llegué a hacer tres maratones en los años ochenta, **cuando apenas lo hacían las mujeres**. Entré más en la carrera de montaña cuando llevaba a Kilian. Me aburría esperándole, así que yo también me ponía el dorsal.

–Cuánto sacrificio.

–Bueno, era nuestra vida. Por ejemplo, si hablamos de alimentación, somos vegetarianos. Y siempre nos hemos levantado pronto y nos hemos acostado al irse la luz. Kilian se crió así en casa. Y si me habla de sus entrenamientos, en fin: el problema era pararle...